

mundos ficcionales, historias que pueden de un momento a otro desaparecer si el acto de contar cesa. "Disturbios en la Rosaleda" nos ofrece quizá la clave para entender *Cuentos cómicos*; la calistenia (66) que con las rosas viene a practicar el narrador-escritor del cuento es, precisamente, la misma que se presenta en las diferentes narraciones: se trata de ejercicios de calistenia, de ejercicios mentales de escritura. Como escritura autorreflexiva, *Cuentos cómicos* es así, con todas sus características, claro exponente de la narrativa postmoderna hispanoamericana.

◆

## Salomón Kalmanovitz *La encrucijada de la sinrazón y otros ensayos*

Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989.  
155 pp.

Maurice P. Brungardt  
*Loyola University*

**E**l economista Salomón Kalmanovitz ha reunido en este pequeño libro sus artículos y reseñas publicados en varias revistas entre 1985 y 1989. Aunque hay ensayos sobre el psicoanálisis, la economía, la pedagogía en la universidad, el rock y la modernidad en Colombia, se destacan más los de la violencia y la historia colombianas.

Aunque Kalmanovitz admite abiertamente su marxismo, esta obra muestra cambios de orientación en su línea tradicional. Acepta que "no existe una unidad de la ciencia" (¿socialista, marxista?) (17), y que él ya trabaja con hipótesis incompletas y aun incompatibles. Estos cambios han dado mayor flexibilidad y más poder explicativo a su trabajo. Él combina su teoría marxista con las de otras escuelas. Cuando un economista escribe historia, dada la importancia de la teoría en su formación, tiene la tendencia a seleccionar los hechos para respaldar esa teoría. Cuando se trata de un economista marxista, el peso del dogma sobre los acontecimientos es aún más fuerte. Éste es el gran defecto del trabajo de Kalmanovitz: muchas veces deja que la teoría explique los hechos y no al contrario.

Sin embargo, Kalmanovitz muestra talento y escribe bien. Hace comentarios provocativos e interpretaciones interiormente coherentes. Su crítica sobre *Colombia y la economía mundial, 1830-1910* (Bogotá, 1984), la formidable obra de José Antonio Ocampo, demasiado recargada con explicaciones acerca del desarrollo colombiano en el comercio exterior pero muy escasa en cuanto a las relaciones sociales locales, es interesante y vale la pena seguirla. También encuentro estimulantes sus comentarios sobre la *Historia económica de Colombia* (Bogotá, 1987), una obra editada por Ocampo, en que contrasta la diferencia metodológica, primero, entre los cinco historiadores—Colmenares, Jaramillo Uribe, Tovar, Melo y Bejarano, quienes escribieron la parte hasta 1925—y, luego, entre Ocampo y su equipo de Fedesarrollo, quienes se encargaron de los últimos sesenta años. Kalmanovitz declara: "Ocampo y su equipo son esclavos inconscientes de las ideas de un economista difunto [Keynes]" (108). Sin embargo, es más generoso con los enfoques de los cinco historiadores, quienes "terminan siendo más cuidadosos y comprensivos" (105) que los economistas.

A veces Kalmanovitz se equivoca: lo que puede ser el resultado de no haber leído bien los trabajos que cita. Por ejemplo, afirma que la historiografía de Colmenares está "basada en las grandes escuelas y pensadores europeos: Weber, Labrousse, Block, Vilar, Hobsbawn, Braudel, etc." (111). Pero un examen a fondo de las obras de Colmenares desde el punto de vista de los temas tratados revela una deuda más grande hacia los norteamericanos: Sherburne Cook y Woodrow Borah, de Berkeley; Charles Gibson, Earl J. Hamilton, James Lockhart y Eugene Genovese. La razón principal es que los norteamericanos han producido muchas más obras históricas sobre América Latina, con temas relevantes a la historia colombiana, y, como resultado, ofrecen trabajos dignos de imitarse.

La carrera de Colmenares es ilustrativa. Él se preocupó muy temprano de la demografía indígena, como lo muestran sus trabajos sobre Pamplona y Tunja. Las investigaciones realizadas por la escuela de Berkeley le servían como punto de referencia. Igual función desempeñó la obra de Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule* (Stanford, 1964), de cuyo modelo Colmenares dependió mucho para elaborar su trabajo sobre Tunja. En los libros de Hamilton, Colmenares encontró un ejemplo permanente del poder de los estudios sobre metales preciosos, y de éstos resultó su interés por la producción minera. En *Spanish Peru, 1532-1560* (Madison, 1968), de Lockhart, Colmenares descubrió las

vastas posibilidades históricas de los archivos notariales, de los cuales provinieron sus análisis sobre Cali, Popayán y la esclavitud, aunque metodológicamente debía mucho más a *Roll, Jordan, Roll* (New York, 1974), de Genovese, sobre todo en su descripción de una sociedad esclavista. Estas influencias en los estudios de Colmenares son obvias para los que leen sus obras y están familiarizados con la historiografía de la colonia latinoamericana.

Kalmanovitz peca venialmente cuando dice que la élite colombiana prefería las cosas de Europa y ni siquiera menciona como una excepción la insistencia de Santander en vestirse de ruana. Más tarde el pecado es mortal cuando nombra a José Manuel Restrepo como "Antonio" Restrepo (112), incluso hoy día el historiador colombiano más nombrado. ¿Cómo puede cometer esta clase de error? ¿Se ha leído alguna vez un libro de Restrepo? Para saber de Colombia, tiene que leer las cosas de Colombia. No hubiera nombrado a Karl Marx como "Adolph". ¿Cómo puede entonces opinar sobre Restrepo y aun interpretar los comentarios de Colmenares para desacreditar a Restrepo?

En el caso de Colmenares, quien supuestamente, según Kalmanovitz, expone la "ideología de la desigualdad" (112) de Restrepo, va a encontrar a algunos de nosotros a quienes nos gustaría situar a Restrepo en su época. Restrepo consideraba la plebe y las "pasiones" de la gente como amenazas para el orden social y el buen gobierno. Pero había unos pocos intelectuales democratizantes, del mundo viejo o del nuevo, a principios del siglo XIX, que pensaban en la igualdad para todos y que no estaban de acuerdo con Restrepo. Aun los amigos de las nuevas repúblicas americanas temían el futuro. El pensamiento de Restrepo se puede ver en su *Diario político y militar* (4 vols.; Bogotá, 1954), y lo que se encuentra allí es una preocupación por el desorden y el crimen, que le parecían aumentar con los años. Es curioso, en vez de una afinidad con Restrepo, hay un afán por parte de algunos historiadores actuales de menospreciar su obra a pesar de sus valiosos comentarios sobre población, precios y crimen, temas tan de moda hoy entre los practicantes de la "nueva" historia.

Cualquier teorista político con visión de futuro encuentra posibles enemigos de su utopía política y, por lo tanto, trata de utilizar mecanismos para controlarlos. "La dictadura del proletariado", que yo no imputo a Kalmanovitz, es un ejemplo entre muchos. El historiador, con su mirada atrás, participa en algo similar cuando trata de explicar los problemas y los fracasos. Para Restrepo, los enemigos de la república fueron el analfabetismo, la mala educación y el fanatismo del clero, quejas irónicamente semejantes a las de Kalmanovitz en su ensayo sobre la universidad (138-147). ¿A quién se debe culpar? Restrepo, pensando en el futuro, desconfiaba de la plebe; Kalmanovitz, cuidando y juzgando el pasado, censura a la élite.

Kalmanovitz escribe con ardor, a veces con razón, sobre la nueva y la vieja historia de Colombia. Sin embargo, es un *deservicio* a la historia colombiana rechazar categóricamente los trabajos de los académicos. Además, no todos en la Academia Colombiana de Historia estaban ni están contra la nueva historia. Juan Friede, Horacio Rodríguez Plata y Luis Duque Gómez, entre otros académicos, se mostraban abiertos a estas nuevas corrientes. Por lo tanto, es injusto caracterizar a cada académico como opuesto a las perspectivas, temas y técnicas nuevas. Vale la pena recordar que Jaime Jaramillo Uribe, el mentor de muchos seguidores de la nueva historia, fue coautor de la *Historia de Pereira* (Pereira, 1963), con Duque Gómez y Friede, y es también académico correspondiente. Sería interesante que los de ambas corrientes nos dijeran las razones por las cuales no hubo una fusión de los dos bandos, como sucedió en otros países latinoamericanos. En México, por ejemplo, el profesor Enrique Florescano, con todas sus metodologías nuevas, es un miembro de la Academia Mexicana de Historia.

En lo que sí estoy de acuerdo con Kalmanovitz es en que los ataques de índole personal, xenofóbica, racial, sectaria e ideológica dañan seriamente el porvenir y el bienestar de Colombia, y trágicamente algunos intelectuales colombianos han pagado con su vida por lo que han escrito o dicho.